

BIBLIOTECA SELECTA

EL AMOR Y LA GUERRA



18

RAMÓN SOPENA
PROVENÇA 97
BARCELONA

12 C - 1 his
61

Sc U. G. A. 25



00040633

APROBACIÓN ECLESIAÍSTICA

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT
EL CENSO.,
AGUSTIN MAS FOLCH

Barcelona 25 de Febrero de 1918

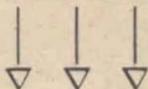
IMPRIMASE

EL VICARIO GENERAL,
JUSTINO GUITART

POR MANDATO DE SU SRÍA.,
RAMÓN M.^a FERRÁN

Vice Canc.

BIBLIOTECA SELECTA



año 1936

24059

EL XAMOR Y LA GUERRA

29.126



167160

BARCELONA
RAMÓN SOPENA, EDITOR

PROVENZA, 93-97

1932



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Published in Spain

Derechos reservados.

EL AMOR Y LA GUERRA

I

Amaneció para Luis Vermain un día solemnísimó de su vida militar.

Había gustado ya las mieles de la satisfacción al ingresar en la academia de caballería y al final de cada uno de los cursos de la carrera.

Un mes tan sólo había transcurrido desde su juramento de fidelidad a la bandera, y aún temblaba Luis al recordar el *gran día*.

Que así como para el soldado de Cristo es el más memorable, el más santo, el que deja en su alma recuerdos indelebles que le sirven de aliento para marchar arrogante por el camino de la virtud, o de fuer-

za para detenerle en su avance por los senderos del vicio, el día de su primera comunión, para el oficial del ejército, como para todo soldado de la patria, lo es aquel en que prometió morir, si preciso fuese, en defensa de ella.

Otra fiesta emocionante se avecinaba para el joven teniente. La de la primera guardia.

En el día de la primera guardia, el oficial se incorpora de hecho a la milicia activa, a la gran familia militar, a la oficialidad de un regimiento determinado en el que tal vez encuentra antiguos amigos de academia, y siempre a compañeros con los que ha de compartir los servicios de cuartel. Es, además, el día en que el oficial se da cuenta de la responsabilidad que ha contraído al ingresar en el ejército.

La presencia de Luis causó agradable impresión en el 50 regimiento de caballería.

Era uno de esos jóvenes de rostro infantil, ingenuo, retrato de la inocencia, que se ganan desde el primer momento las simpatías y la confianza de las personas con quienes tratan.

Luis era casi imberbe. Su bozo, incipiente y tímido, cuyas finísimas guías sosteníanse retorcidas y rígidas a fuerza de cosmético, tenía sólo las apariencias de bigote.

No importaba. El valor no está vinculado a los bigotes cerdosos, poblados y enormes. Está en el corazón, está en el alma, aunque ésta anime un cuerpo de cara imberbe y ojos de inocencia.

Mirado Luis en conjunto, con su talle esbelto, aire marcial, hablar reposado, maneras distinguidas y conversación reveladora de una sólida cultura y de una esclarecida inteligencia, era indudablemente un militar de cuerpo entero.

Y, sobre todo, viéndole lucir el sable, aquel sable nuevecito, recién salido de la fábrica, de irreprochable manufactura, que aguardaba el momento marcado por las ordenanzas, para salir de su vaina niquelada y hacer ostentación del brillo de su hoja y del temple de su acero.

¡Qué emoción la de Luis al recibir lo que pudiéramos llamar el espaldarazo de su orden!

Todos, desde el coronel hasta el último oficial, le felicitaron cordialmente.

—Que haga usted pocas guardias de teniente...

—Que ascienda usted pronto a general...

Y el sargento de guardia, y los cabos, y el asistente, y los ordenanzas del cuarto de estandartes, si no se atrevieron a dirigirle la palabra, bien a las claras dijéronle con la mirada :

—¡ Es usted todo un teniente de caballería !

Luis siguió la costumbre establecida, invitando a todos los jefes y oficiales a un *lunch*.

Uno de los mejores *restaurants* de la población se encargó del servicio. El *lunch* tuvo lugar en la sala de juntas, convenientemente preparada para el acto.

Emparedados, fiambres, pasteles, dulces, cerveza helada, lo mismo que los vinos de Jerez, manzanilla y el indispensable *champagne*, y luego licores finos y tabacos habanos... todo, todo fué abundantísimo. Y de todo participaron las clases e

individuos nombrados de guardia a las órdenes del teniente Luis Vermain.

Los brindis fueron breves pero expresivos. Al terminar, el nuevo oficial suplicó al coronel, que era viudo, le permitiese ofrecer el magnífico y monumental ramillete que adornaba el centro de la mesa, a Juanita, su hija única.

El coronel Martón aceptó, en nombre de su hija, el ofrecimiento, y, a los pocos instantes, un camarero ponía el delicado obsequio en manos de la hermosa joven.

No faltaron suspicaces que, al aplaudir frenéticamente a Luis por su galantería, le miraron sonrientes, maliciosos, diciéndole :

—Bien empezamos... amiguito...

—No está mal dirigido el tiro...

Y así otros.

Y Luis, con toda su ingenuidad, sonriendo también, contestaba :

—¿Habré cometido una torpeza? ¡ Señores! ¡ Que no tengo el gusto de conocerla! Sólo sé que el coronel tiene una hija. Y...

Luis no terminaba la frase. Ni había para qué terminarla.

Con el *lunch* terminó, por entonces, la fiesta de la primera guardia. Luis Vermain entraba de lleno en el desempeño de sus obligaciones militares.

He dicho «por entonces», porque realmente la primera guardia tuvo una segunda parte.

Pasados algunos días, el coronel Martón llamó al teniente Vermain a su despacho.

El jefe quería mostrar su agradecimiento al subordinado, en nombre de Juanita.

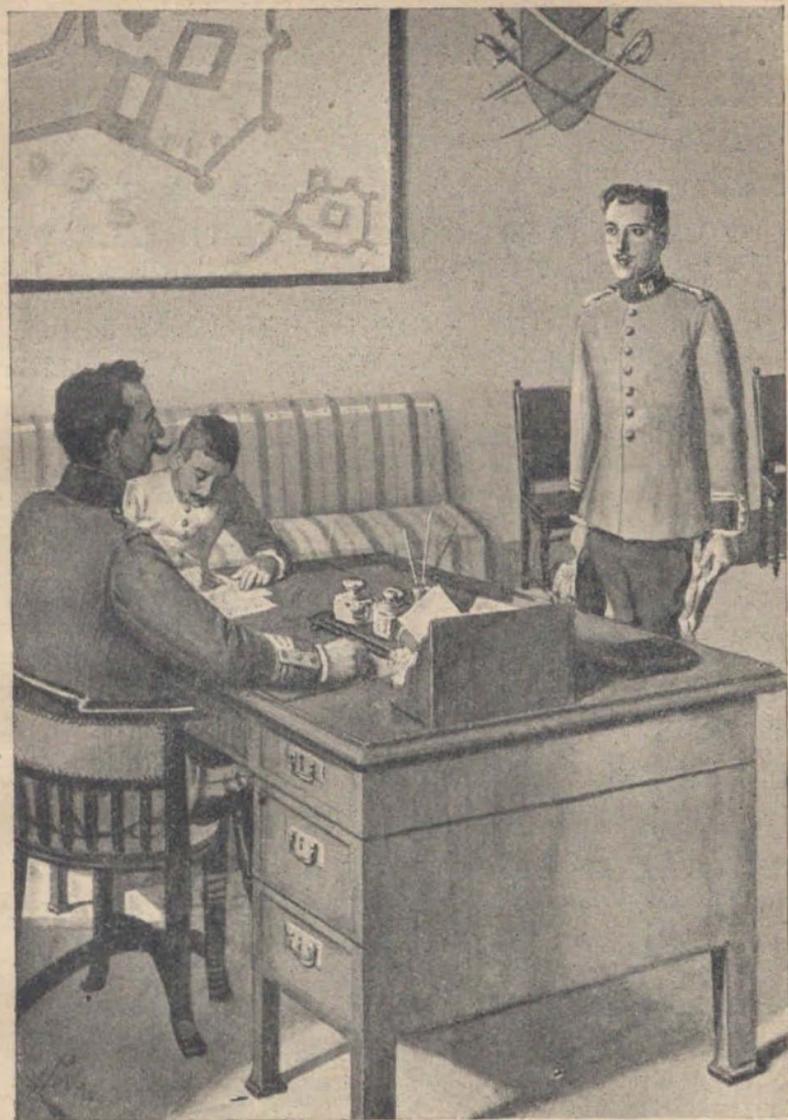
Padre e hija deliberaron juntamente y acordaron celebrar una fiesta familiar en su casa de campo invitando a algunos íntimos amigos.

Aprovecharían la ocasión para obsequiar al teniente.

Este entró en el despacho de su primer jefe, muy ajeno al motivo de la llamada.

Sorprendido Vermain ante la inesperada invitación, consideróse obligado a aceptar dando las gracias, balbuciente, a su coronel por el señalado favor que le dispensaba.

Aquel día le pareció el más crítico de su vida.



... entró en el despacho de su primer jefe, muy ajeno al motivo de la llamada. (Pág. 10.)

Para asuntos del servicio era resuelto, decidido, activo.

Pero en la vida social, sobre todo en el trato familiar con sus superiores, era, ya por el gran respeto que le merecían, ya por la falta de costumbre, y por no ser lo que se llama un hombre de mundo, algún tanto apocado.

Y, sin embargo, ¡cuántos con menos aptitudes, naturalidad, distinción, formas sociales y cultura que Luis Vermain pululan por esos salones aristocráticos, por esas reuniones de familias distinguidas, pretendiendo pasar, y pasando, a veces, como maestros en el arte de agradar!

Bien es verdad que los tiempos han cambiado mucho, y con ellos las costumbres, y con las costumbres la manera de apreciar los méritos personales, lo que, si Dios no lo remedia, producirá una revolución en los diccionarios de los diferentes idiomas, ya que hoy día se llama chiste escogido al retruécano inmoral, franqueza a la burda grosería, ingenio a la insulsez, soltura al descoco, y amor al egoísmo o a la pasión lasciva.

Luis Vermain entraba en sociedad sin

las armas del artificio, sin el oropel deslumbrador que es el bagaje de los que actúan en la representación de la farsa social. ¿Para qué? No eran sus intenciones triunfar, ni menos por el engaño. Aspiraba solamente a cumplir como hombre decente y honrado en las relaciones sociales, y a poner todas sus facultades al servicio de la patria.

Su ilustración, su cultura, su modestia, su presencia agradable, su corrección exquisita, prendas todas cuyo inestimable valor intrínseco no puede mermar por el juicio adverso de los envidiosos, disipados y superficiales, eran suficientes para que pronto se abriese paso en el camino de la dicha, conquistando la estimación y el aprecio de sus semejantes.

Además, era militar por imperiosa vocación; por sus venas circulaba sangre juvenil saturada de patriotismo.

Y esto, que no puede permanecer oculto a pesar de la modestia, porque, como a la humilde violeta, el perfume lo delata, le granjearía esa muda y profunda veneración, especie de culto, que se traduce en respeto y confianza, y que se tributa a los

que se sacrifican desinteresadamente por un alto, por un sublime ideal.

II

Juana Martón era una señorita educada cristianamente. Su madre, que murió como una santa, había inculcado en su tierna inteligencia los sanos, los salvadores principios de la moral evangélica.

El coronel Martón fué el fiel continuador de la obra de su esposa.

Juanita no había pisado una sola vez esos salones en donde se pierde el tiempo lastimosamente, y en los que tantos peligros acechan a las almas juveniles.

Nada de reuniones frívolas, ni mucho menos espectáculos sospechosos. El paseo, la excursión a caballo, siempre acompañada de su papá; la recreación honesta, el colegio, las devociones, las obras de caridad, las labores de una señorita en su casa, la lectura de obras escrupulosamente elegidas... Bien, bien aprovechaba el tiempo Juanita Martón.

A ratos, daba rienda suelta a su imagi-

nación, una imaginación soñadora, rayana en lo romántico.

¿Relaciones con jóvenes de carne y hueso?

¡Qué vulgaridad!

Ella hubiera querido conocer y tratar a un hombre espiritual, por ejemplo: un genio de la música, de la pintura, o a un sabio.

Para ella, los genios y los sabios eran unos seres extraordinarios que si tenían cuerpo debía ser tan sutil como el éter.

¡Un héroe! ¡Oh! También anhelaba conocer a un héroe como los de la mitología. ¿Era posible, acaso, que los héroes fuesen de carne y hueso?

En los libros estaban descritos y pintados con figura humana; pero ya sabía ella que hasta a los ángeles los representan de ese modo. ¡Y son espíritus!

Mejor, sin embargo, le gustaría un héroe de paz... ¡La guerra! ¿Quién la habría inventado?...

¡Qué noche de inquietud y desasosiego para Juanita, la que precedió a la excursión campestre!

Iba a conocer a un nuevo oficial...

¡ Si había visto a tantos !

Y no era, no, un ser espiritual el teniente Luis Vermain. Un oficial como los demás...

¿ Como los demás ? Tal vez sí ; tal vez no... ¡ Quién sabe !

El caso era que él habíala obsequiado con un precioso ramillete. ¡ Tanto como le gustaban las flores !

Además, y esto era una garantía, su padre le invitaba a la excursión. Y cuando su padre, tan recto, tan severo, tan amante de su hija, le distinguía de aquel modo, habríale inspirado extremada confianza.

Bueno. Le daría las gracias y quizás no le volvería a ver más...

Muy de mañana entró Juanita en su elegante tocador.

A las ocho acudirían los invitados y no era correcto hacerles esperar.

Y el atavío y tocado—añadiríamos nosotros—de una jovencita, soñadora o no, es lento...

Por eso había madrugado Juanita. Porque sabía perfectamente el tiempo que



Y los caballos empezaron a brincar, inquietos, sobre el adoquinado de la calle... (Pág. 18.)



gastaba en el vestido y ornamentación de su personita.

De cuando en cuando consultaba con el espejo del armario ropero : un magnífico espejo de luna biselada, de cuerpo entero, que decía a Juanita muy en secreto :

—Esos ojos están tristes...

Y la joven contestaba con el pensamiento :

—¡Claro! ¡Si vieras la noche que he pasado!

—Esos rizos van demasiado bajos...

—Gracias ; voy a colocármelos con más arte.

—La corbata... ¿no te parece que va torcida? ¿está bien hecho el lazo?

Y Juanita miraba atentamente al espejo, dudaba un poco, y terminaba por decir :

—Justo, justo ; daré otro toquecito a la corbata...

Y así pasaban el rato, con este mudo diálogo, Juanita y su espejo de cuerpo entero, con quien la joven tenía gran confianza, porque siempre manifestaba la verdad y era muy reservado.

A la hora indicada todo estaba dispuesto.

El coronel hizo la presentación de Luis a su hija y a los invitados.

No hay que decir que la presencia y frases finas del teniente produjeron agradabilísima impresión en el ánimo de todos, y muy especialmente en el de Juanita.

Si no era un espíritu puro — según el pensamiento de la joven—, en sus facciones, en sus maneras y en su hablar había un refulgente destello de espiritualidad.

También Luis quedó encantado de Juanita.

Indudablemente eran dos almas afines, por lo menos con la afinidad de la virtud y de la esmerada educación.

No fué poca la alegría de ambos cuando, ya a caballo, dijo el coronel :

—Ustedes, formando pareja y a vanguardia. Tú, Juanita, que conoces el recorrido, serás quien guíe. En marcha, amigos míos.

Y los caballos empezaron a brincar, inquietos, sobre el adoquinado de la calle, hasta que, dominados por los jinetes, si-



De cuando en cuando consultaba con el espejo del armario ropero... (Pág. 17.)

guieron caminando tranquilamente a paso largo.

Luego, confiando Luis y Juanita en la nobleza de las cabalgaduras, aflojaron las riendas y entablaron un diálogo muy interesante.

Primeramente hablaron de las bellezas de la población y sus alrededores, luego del clima que era bueno, quizás un poquito variable; más tarde del carácter de los naturales de aquella región y especialmente de los de la ciudad.

En todo intercalaba Luis atinadísimas observaciones que pesaban mucho en el concepto que de él iba formando su compañera.

Finalmente tocó el turno a los estudios y carreras.

—¿Y cómo no eligió usted otra que la militar?—preguntó Juanita.

—No sé explicarlo. Yo me sentí inclinado irresistiblemente a ella. Quizás mi vocación a la carrera de las armas tuviese origen en la fastuosidad de un día de gala, en una gran parada militar, en el desfile de un regimiento, no lo sé. Lo cierto es que si aun hoy me ágradan como cuando era

niño esos detalles, el solemne aspecto exterior del ejército, los vistosos uniformes, la marcialidad del soldado, no es seguramente por esto por lo que soy militar. Yo veo en el ejército el sostén, la defensa de la patria.

—¿Y no puede ser defendida la patria desde una cátedra, desde el púlpito, desde el bufete de abogado, desde el libro, el teatro, la fábrica y el taller?

—Desde ahí se puede hacer patria y la hacen, indudablemente, sus buenos hijos. Pero el ejército es el organismo encargado especialmente de defenderla. Cuando otra nación quiere atropellar los sagrados derechos de la nuestra...

—Podía discutirse... que cada cual expusiese sus razones...

—Suele empezarse así; pero, desgraciadamente, casi siempre interviene la fuerza en el convencimiento.

—Pero la fuerza no es una razón...

—Aunque no lo sea, sirve para defenderla. Algunos, sin embargo, sostienen que lo es. *Ultima ratio regum*; la razón que, en último término, emplean los reyes.

—¡Qué triste, qué terrible es esto! ¡Ojalá—añadió tras un momento de vacilación, ya que el militar le interesaba, y de no serlo probablemente no le hubiera conocido—, ojalá pudiese pasar el mundo sin militares! Al menos, sin militares para la guerra. ¡La paz universal! ¡Oh! ¡Qué hermoso sería esto!

—Hermoso como el corazón que lo desea.

—Sí, sí; la honradez universal. Que las naciones se contentasen con lo que tuviesen, sin ambicionar unas lo perteneciente a las otras. Que se respetasen y amasen como hermanas que deben trabajar unidas para hacer la felicidad del mundo... Y los individuos de cada nación que no turbasen la tranquilidad de ésta, ni la de sus hermanos. ¡Todos somos hermanos! Cada uno contento con su suerte, sin más ambición que la gloria de sobresalir entre los demás en el servicio de la patria, y esto sin vanidad, porque... ¿qué dotes, qué talentos, qué facultades tiene el hombre que no las haya recibido de Dios? ¡Oh! Que las casas, y las cajas de caudales, y los museos y las fábricas y los Ban-

cos pudiesen estar abiertos, sin vigilancia alguna. Que no hubiese rencillas, ni pleitos, ni muertes... Y las cárceles desaparecerían, y los patíbulos y las armas y los militares... No ; los militares podían continuar, pero únicamente para que luciesen su marcialidad y sus uniformes en revistas y paradas...

—¡ Es un sueño encantador! Pero... ¡ ay! sólo un sueño...

—¿ Y por qué no ha de ser también un encantadora realidad?

—¡ Es imposible!

—Y yo que lo encuentro tan fácil...

—¡ Tan fácil!

—Sí ; mire usted si es fácil. Que cumpla cada cual con los diez mandamientos de la ley de Dios, y... ¡ ya tenemos al mundo como una balsa de aceite! ¡ La paz del Evangelio!

—Sapientísima ley, como obra del Supremo Legislador. Pero el hombre es libre, e inclinado al mal. Nuestra naturaleza se halla resentida, maltrecha, enferma...

Y así, hablando como buenos amigos, unas veces al paso, otras al trote, llegaron

los jóvenes, y tras ellos toda la comitiva, a la casa de campo.

Luis estaba satisfechísimo de haber encontrado una joven tan inteligente y de un corazón tan bello. Su conversación no era vana como las de otras con quienes había incidentalmente platicado. Nada de hablar de bailes, de vestidos, de cintajos, ni de murmurar de ésta y de la otra. Juanita revelaba una refinada educación y unos sentimientos singularmente delicados y nobles.

Juanita, por su parte, cuando hablaba Luis, examinaba atentamente la figura de éste, sus ademanes, sus gestos. Y le veía envuelto en algo así como en una atmósfera de espiritualidad que le distanciaba, a juicio de ella, de los hombres de carne y hueso.

Durante el resto del día, cuando el teniente trataba diferentes temas, hablando con los invitados, ella llegó a verle convertido en uno de aquellos personajes mitológicos que había visto tantas veces en su imaginación soñadora y casi romántica.

La fiesta transcurrió animadamente, alegremente, felizmente.

Con ella cimentó una sincera y leal amistad entre Luis Vermain y los demás excursionistas, sobre todo entre Luis y Juanita. Y esto con gran complacencia del severo coronel Martón.

III

La tragedia mundial tan temida por todos, quizás hasta por los mismos causantes, había estallado. El horrísono estruendo del estallido retumbó en los valles y un eco ronco y amedrentador, como fragoroso trueno que repetía por doquier el estampido de millares de cañones, sobrecojió de terror el corazón de los moradores de este desgraciado planeta, morada de odios y de ambiciones.

La patria llamaba a sus hijos, y los hijos respondían prontamente poniéndose a disposición de la madre.

La guerra lleva el llanto y la desolación a las familias, especialmente a las de los soldados que van a pelear. La despedida,

el adiós del soldado a sus padres, a su esposa, a sus hijos o a su prometida, es tema fecundo que ha llenado millares de columnas en los periódicos, y millares de páginas en los libros epopéyicos.

Las separaciones más terribles son aquellas en que el que se queda se queda solo. La mujer sola, la hija sola, la madre sola...

Esto es lo que iba a ocurrir en la familia Martón.

El 50 regimiento de caballería estaba destinado al frente. Juanita, la pobre Juanita, pasaba los días y las noches llorando sin cesar. ¡Ella que jamás se había separado de su padre! También éste andaba naturalmente preocupado por tener que dejar sola a su hija. Ya quedaba con ella la vieja servidora de la casa; ya quedaban en la población algunas familias amigas. ¿Qué suponía esto para Juanita, mimada como hija única?

Esta, en medio de su dolor, pensó que tal vez pudiera servir de alivio a su triste situación la presencia de Luis. ¿No había de permanecer en el cuartel una representación del regimiento para organizar las

reservas ? ; Por qué no podía ser Luis uno de los que quedasen ?

Por lo menos Luis era de la absoluta confianza del coronel y, en caso preciso, podría prestar auxilio a Juanita ; al menos, le daría noticias ciertas de lo que en el frente ocurriese a su padre. ¡ Ah ! Si algo grave ocurría, el teniente era un hombre de gran confianza, con quien podía contar.

Animada por este pensamiento, Juanita entró en el despacho de su padre.

Este hallábase paseando de un lado a otro de la habitación, abismado en serias meditaciones.

Cuando Juanita le expuso su idea, el coronel hizo alto en su paseo, quedando en actitud reflexiva.

Juanita, apoyada en la mesa de ministro, esperaba, conteniendo la respiración, una respuesta negativa, visto el gesto de su padre.

—El teniente Vermain—dijo el coronel—tiene su puesto en el escuadrón. Sería una ofensa a tan valiente y pundonoroso oficial dejarle en el cuartel. Claro está que los que se quedan son también valientes y pundonorosos ; pero, dadas sus cualida-

des físicas y su edad, su puesto está en el frente.

—¿Y si el teniente Vermain pidiese permanecer aquí?

—¿Cómo! ¿Ha hecho, acaso, alguna manifestación en tal sentido?

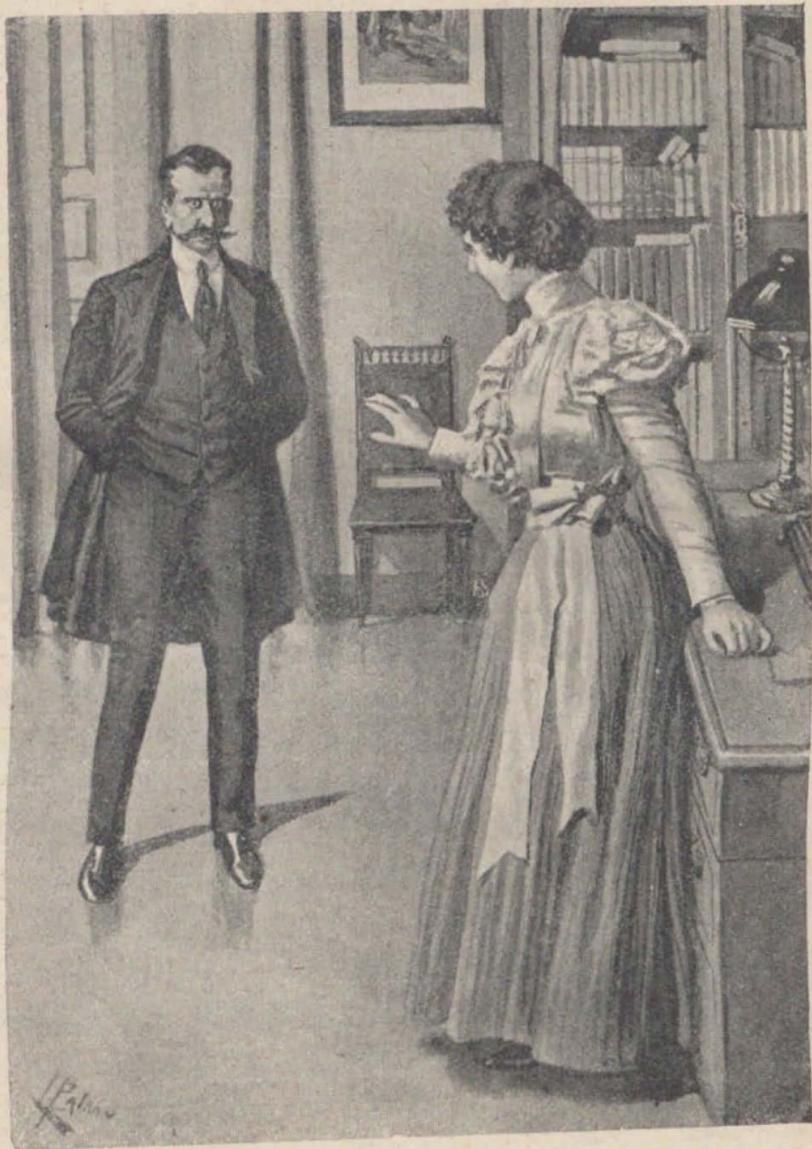
Y el coronel, al decir esto, pensaba si el joven se había enamorado de Juanita hasta el punto de renunciar a las glorias y triunfos de un militar en campaña. Y esto le disgustaba... le apenaba... No; no podía ser... No lo creía.

—El teniente Vermain no me ha dicho nada. Soy yo quien he pensado en esto. Ya te he dicho que era una idea mía.

El coronel siguió paseando, pensativo. Al cabo de unos instantes dirigió a su hija estas palabras:

—Puedes hablar de este asunto con el teniente Vermain. Le esperaré en mi despacho para que me comuniqué su resolución...

Aquella tarde, como de costumbre, Luis y Juanita charlaron un rato. Ella aprovechó la ocasión para sondear el ánimo del joven oficial.



Juanita esperaba, conteniendo la respiración, una respuesta negativa. (Pág. 27.)

—¿Y qué hay acerca de la marcha del regimiento?

—Que estamos esperando con impaciencia la orden.

—¿Y va usted contento?

—Contentísimo. Como el hijo que encuentra propicia ocasión para demostrar a su madre el amor que le profesa.

—¿Y no le detiene, no le desanima afecto alguno?

—Al contrario: todos los afectos me animan, me alientan.

Juanita, soñadora y un tanto romántica, entristeciéndose, tal vez considerando que en aquel corazón había afectos de este mundo, superiores al que el teniente le profesaba.

—¿Y no le detiene el pensar en su pobrecita madre que estará angustiadísima?

—Al defender y amar a mi patria, amo y defendiendo a mi madre.

—¿Ni tampoco detendrían a usted los ruegos, las súplicas, las lágrimas de una persona a quien profese un afecto sincero, intenso... mil veces manifestado; de una mujer, en fin, a la que usted haya pensado

hacer feliz y con la que usted imaginó ser igualmente dichoso?

—Tampoco—dijo el joven, sabiendo muy bien el alcance de la pregunta—. La patria está hoy antes que la misma esposa, antes que los hijos que hay que sacrificar por aquélla, antes que... todo lo de tejas abajo; y esto en conformidad con lo de tejas arriba. Si la esposa, o los hijos, o el afecto puesto con toda su intensidad en el corazón de una mujer fuesen obstáculos, impedimentos que habían de estorbar y distraer al soldado o al oficial en el cumplimiento de sus deberes profesionales, el militar debería elegirse de entre aquellos que, como los religiosos, hubieran hecho renuncia de todo lo mundano.

Juanita no contestó. Permaneció muda, como en éxtasis, mirando de hito en hito al teniente. Este continuó:

—Y yo siempre he creído que no puede haber madre, ni esposa, ni mujer amada de un militar, que conscientemente tienen a éste para que abandone a la patria en cualquier momento, mucho menos cuando exige el sacrificio del soldado. Y suponiendo que ellas lo intentasen, y él

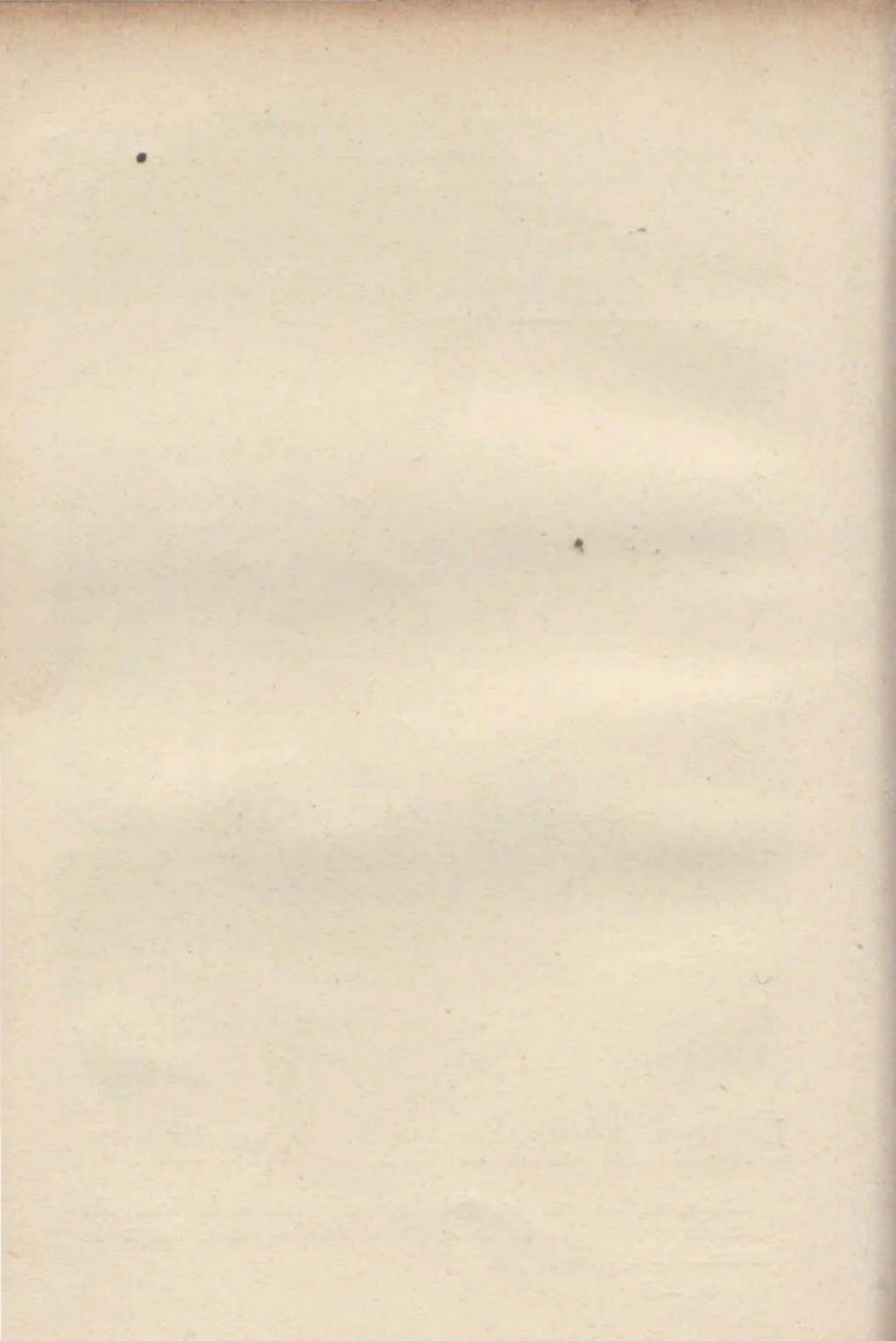
cediese, sucumbiese a la tentación, seguro estoy de que, en día no lejano, esa madre, esposa o mujer amada, rechazaríanle hasta como indigno de pertenecer a la especie humana. ¡ Como un cobarde !

Luis Vermain hablaba con viveza, con ardorosa vehemencia, con exaltación patriótica, que causaba admiración profunda y entusiasmo indescriptible en el corazón de Juanita.

—Me espanta el solo pensamiento en una cobardía... en un momento de indecisión. No, no es posible. El papá de usted, mi coronel, ha oído, como Josué al preparar la lucha contra Amalec, la voz de Moisés que le decía : «Escoge varones». Sí ; escoge varones, es decir : hombres de corazón fuerte, de espíritu varonil, almas valientes, decididas, dispuestas al sacrificio. Para la guerra no sirven los cobardes ; ni siquiera los tímidos, los medrosos. «El que es medroso y cobarde, vuélvase». Estas palabras oyeron los soldados de Gedeón al ser seleccionados para pelear contra los madianitas... Y yo, sin mérito alguno ciertamente, he sido elegido... Tal vez porque Dios elige a los más pequeños



Entonces fué cuando, fijándose en el rostro de Luis, iluminado por la luz de la fe y encendido por el fuego del amor... (Pág. 33.)



para confundir a los grandes. y me cuento entre los que *no se vuelven*. ¡Ah! Y doy gracias a Dios por haberme dado esta vocación y, con ella, este espíritu, esta alma enfervorizada por el patriotismo. Que si, débil y medroso, me hubiera dejado vencer por las súplicas, por los ruegos, por las lágrimas de una mujer, aunque ésta fuera la que llena de dulzuras mi corazón, en castigo casi me atrevería a decir al primer soldado que encontrase, como Abimelech dijo a su escudero en el sitio de Thebes : «Saca tu espada y máttame, porque no se diga que he sido muerto por una mujer»...

Juanita sintióse avergonzada de haber pensado que aquel joven, por el amor que le profesaba, pudiera acceder a sus deseos y quedarse en la ciudad.

Entonces sintió realmente lo que era la admiración, el amor hacia los héroes. Entonces fué cuando, fijándose en el rostro de Luis, iluminado por la luz de la fe y encendido por el fuego del amor ; oyendo, absorta, su fogosamente patriótica palabra, vió cómo iba desapareciendo de aquella esbelta y arrogante figura la opacidad

de la materia, dejando al descubierto, a través de los puros y cristalinos sentimientos, un espíritu bellísimo, de inmenso poder sugestivo, adornado de las más sublimes grandezas, valores y magnificencias. Juanita habló entonces, y Luis calló por cortesía.

No ; no sería ella quien pretendiese empañar con su hálito la hermosa brillantez. Al contrario. Ahora sería Juanita la que, con un amor bien entendido, un amor realmente nuevo en ella, porque estaba expurgado del egoísmo, animaría a Luis para que, en el cumplimiento de su deber, llegase hasta la heroicidad. ¿ No había soñado ella siempre con héroes y genios ?

Allí, frente a frente, estaba la expresión real de aquellos sueños.

¡ Oh ! Sí. Que fuese Luis inmediatamente al despacho del coronel y pidiese perdón para ella... que no era digna ni aun de solicitarlo por sí misma...

Y Luis lo prometió así, haciendo constar que no había falta en Juanita ; porque para la falta formal se necesita, además de lo pecaminoso de la acción, plena advertencia y consentimiento. Ella había

obrado de buena fe. El amor es ciego...

Y al decir *amor*, el rostro del hombre valiente tiñóse de rubor...

Luis pasó al despacho del coronel. Este esperaba tranquilo, completamente seguro de que el teniente Vermain, en quien había depositado toda su confianza, sería digno de ostentar en el cuello de su guerrera el número 50 de aquel regimiento de caballería cuya historia elocuente, de proezas y heroísmos, ningún oficial, ningún soldado mancillara hasta entonces.

—A la orden de usía, mi coronel—dijo, al entrar, el teniente.

—Llega usted con gran oportunidad. Acabo de recibir la orden de marcha. Pasado mañana salimos. ¿Ha pensado usted en si debe o no acompañarnos?...

—Mi coronel...—balbuceó tembloroso el joven—. Ya pensé cuanto debía pensar antes de jurar la bandera. Después de ese acto, yo sólo espero que el superior mande para obedecerle. Soy, pues, esclavo del deber, mi coronel.

—Pero... tal vez...—no quisiera con esto molestarle—haya pasado por su imaginación la idea de quedarse aquí.

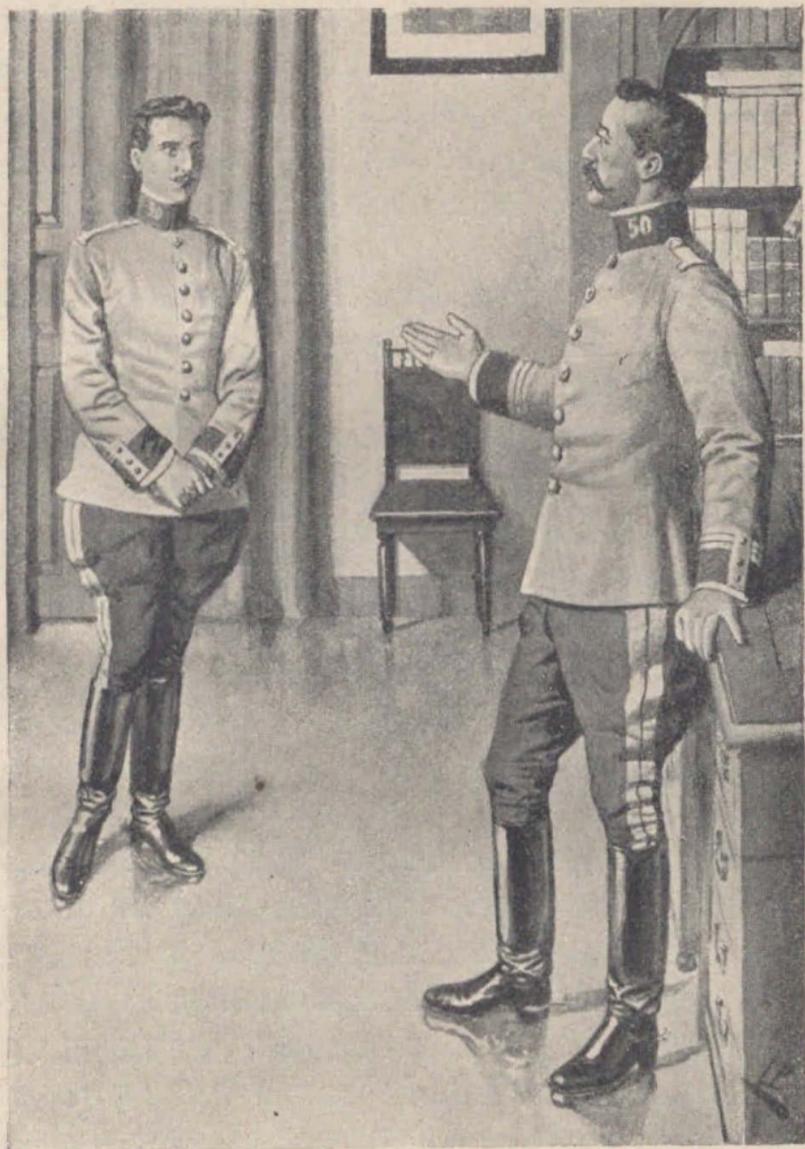
El teniente que, como el lector sabe ya, conocía el alcance de las palabras del jefe, contestó serena y enérgicamente :

—¡Quedarme aquí! Eso es imposible, mi coronel.

—No esperaba menos del teniente Vermain. Ya sabrá usted el objeto de mis anteriores palabras...

—Lo sé; y traigo el encargo de pedir perdón a usted para su hija que, animada seguramente por un sentimiento generoso, pensó que era un favor para mí lo que en realidad hubiera constituido una deshonra.

—Mi hija está perdonada. Ya ha sufrido su castigo. Porque supongo que la lección habrá sido tremenda... En fin : no hablemos más del asunto. Confío en usted por su valor y religiosidad. Ya sabe—pues en esto ha secundado usted admirablemente mis órdenes—que yo he procurado inculcar y fortalecer en mis soldados, al mismo tiempo que el valor, la fe. Que «un pueblo, por valeroso que sea, y por historia militar que tenga, no vencerá si confía en sus propias fuerzas. Debe confiar en la asistencia de Dios que no falta a los que le



Soy, pues, esclavo del deber, mi coronel. (Pág. 35.)

EL AMOR Y LA GUERRA

invocan.» Convencido de que usted ha sido educado y comulga en esta misma doctrina, yo no he tenido inconveniente en elegir a usted para las empresas difíciles.

—Eso me honra sobremanera, mi coronel.

—Ahora, puede usted retirarse. Haga sus preparativos de marcha y espere mis órdenes.

Y el teniente Vermain salió del despacho habiendo ratificado el juicio que tenía formado de su jefe, a saber: que su mando era una garantía de la victoria.

¡ Si todos los jefes fueran como él !

IV

«Estimadísima Juanita: Hoy celebramos el cuarto aniversario de la declaración de esta guerra sangrienta. ¡ Quién había de pensar que duraría tanto! Cuatro años de vida trabajosa, dura, irregular, anormal; durmiendo casi siempre en el suelo; sin dejar de montar a caballo un solo día y a veces sin desmontar en larguísimas horas; galopando frecuente-

mente a través de campos desolados, viendo explotar al lado, a todas horas, las granadas del enemigo ; en acecho constante ; esperando de un momento a otro que un proyectil nos deje sin vida ; sufriendo el hambre y la sed, el calor y el frío, los temporales de agua y los de nieve, los huracanes y las tormentas... parece que debían haberse agotado nuestras fuerzas. Nada más lejos de eso. Cada día estamos más fuertes y animados. La Naturaleza nos presta sus energías, el ejercicio templamos nuestros nervios y fortalece nuestros músculos, el estruendo de los cañones y el traqueteo de las ametralladoras nos agrada tanto ya como la música, las escaramuzas diarias constituyen un *sport* divertido y en las grandes batallas asistimos a un espectáculo trágicamente bello, de inconcebible sublimidad. ¡ Qué hermoso es contemplar, mejor aún : tomar parte en las furiosas acometidas de gigantes cas olas humanas guiadas por una bandera veneranda que ondea al viento y en cuyos pliegues léese, proyectada allí por nuestro constante y fijo pensamiento y por nuestro vehemente amor, una fasci-

nadora palabra que todos llevamos con caracteres indelebles esculpida en nuestros corazones : la palabra santa ¡ Patria !

»No nos compadezca usted, Juanita. Somos dichosos. Estamos tan familiarizados con la muerte, que no la tememos. Ella, al parecer, nos respeta.

»¿ Que le cuente detalles de mis hechos de armas, de esos hechos por los que me han citado en la orden del día y me han cargado de cruces ? Crea usted que no valen la pena de ser contados. No he hecho otra cosa que cumplir con mi deber. Y ésa fué antes ya la norma de mi vida. Norma invariable hasta la muerte. De ello daré a usted también testimonio cuando... Dios quiera. Ya dije a usted cierto día que hay una gradación de deberes y de amores...

»Complaceré a usted contándole alguna de mis andanzas guerreras para que se convenza de la ninguna importancia que tienen. Cierta día me encomendaron un servicio difícil. ¡ Difícil ! Así lo calificó el papá de usted. ¿ Sería para ver si me ponía a temblar ? No ; probablemente para que yo guardase las mayores precauciones. Se trataba de sorprender al enemigo

que, según noticias confidenciales, preparaba contra nuestro sector un ataque furioso. Nada menos que pretendía romper el frente. ¡ Ilusiones ! Y no es que crea que el soldado enemigo no es bravo, no ; es tan valiente como el nuestro, y tan abnegado y tan amante de su patria. Pero, en fin, dije « ilusiones », y dicho está.

» Ni las exploraciones a caballo, ni las verificadas *a vuelo* habían proporcionado suficientes y precisos datos acerca del inminente ataque, para poder conjurar el peligro.

» ¡ Y qué hice yo ? Se va usted a reír de mi *difícil* servicio. Escogí veinte soldados, conocedores del idioma del adversario, nos vestimos todos con el uniforme que éste usaba. Nos pertrechamos de un aparato y abundante hilo telefónico, aparato que comunicaría con el del Estado Mayor, y emprendimos la marcha por los subterráneos hasta llegar a nuestros centinelas más avanzados. Sin un guía vestido con uniforme de nuestro ejército, no hubiéramos llegado vivos... Detrás de nosotros quedaba bien colocado el hilo telefónico. Al salir a la luz del día estábamos

a unos veinticinco metros de los centinelas enemigos. ¿Qué armas cree usted que llevábamos *por si acaso*? Unas carabinas de salón. ¡Frente a mil bocas de tremendos cañones! Nada, nada; nuestra bravura era la de una lagartija que se arrastra por el suelo, la de una araña que se dedica a tender hilo, y la de un mosquito que va a dar un picotazo. Menos aún que la del mosquito; porque no zumbábamos. A picar, si era preciso, y a huir de la manotada. No estaba yo en mi elemento: lo confieso. Me parecía que iba a entrar en casa ajena por una ventana o por las puertas del corral... Yo me encargué de sorprender al primer centinela. Con mi uniforme de oficial enemigo (este método de guerra lo habían ya practicado ellos contra nosotros) me fuí arrastrando por tierra, amparado de la vista del centinela por una leve ondulación del terreno, y tras aquella insignificante barrera me puse en pie llevando el índice a la boca como ordenando silencio. El centinela obedeció, y, al acercarme a él, ni siquiera movió el brazo para saludar. Esos centinelas no saludan. Ya ve usted que me fué facilísimo apode-

rarme de aquel soldado incruentamente. Eramos ya dueños de un paso estrecho, por el que llegaron tras de mí diez de mis hombres. Dentro de esa línea enemiga, fué tarea sencillísima relevar a otros nueve centinelas. Eramos ya camaradas suyos que recorriamos su mismo campo. Los diez prisioneros pasaron a nuestro subterráneo. Organizada una línea de diez centinelas y dando a éstos instrucciones claras y precisas, lo demás casi estaba hecho. Penetramos por un boquete de los subterráneos enemigos y nos orientamos hacia las líneas de trincheras. Por los tenebrosos túneles, cruzándonos en el camino con bultos negros más bien que con hombres como nosotros, viendo desfilar sombras por doquier, fuimos poco a poco tendiendo cuidadosamente nuestro hilo. Por fin nos decidimos a asomarnos al mundo exterior. Salimos por la boca de la mina y nos encontramos en un paraje solitario desde donde pudimos observar. Y de nuestras observaciones detenidas pudimos deducir con certeza que el enemigo, si bien tenía hechos enormes preparativos, estaba tranquilo y hasta tenía bas-

tante desguarnecida aquella parte del frente.

»Lo demás... puede usted suponerlo. El aparato telefónico empezó a funcionar, y al poco rato, por el boquete que guardaban los diez centinelas, pasaron silenciosamente fuerzas de infantería y grupos de ametralladoras.

»La sorpresa del enemigo fué terrible. En los campamentos cundió el pánico y, con él, el desorden que los nuestros aprovecharon para, apenas sin bajas de sangre, tomar unas líneas admirablemente dispuestas y fortificadas y apoderarse de millares de prisioneros y de abundante material.

»Como usted ve, lo que hice lo hubiera hecho cualquiera. ¿No es verdad, pues, que los jefes son demasiado buenos conmigo? ¡Oh! Si algún descontento siente mi alma es por no poder responder con algo grande, heroico, a tantas inmerecidas recompensas como me han otorgado.

»Su papá está bien de salud y continúa tan valiente como siempre. Es una dicha inapreciable servir bajo sus órdenes.

»Como lo es el merecer que su amable y

encantadora hija tenga la paciencia, la bondad y hasta el placer de pasar la vista por mis latosas e insubstanciales cartas y aun de querer que éstas sean diarias...

»Hasta mañana,

»LUIS.»

Cuando Juanita terminaba de leer esta carta en la que aparecía el héroe nimbado por la modestia, llegó el periódico de la mañana con el parte oficial de la guerra. Fué espantosamente brusca la transición que se operó en el ánimo de la joven. De la alegría inmensa que le produjera la lectura de la carta, al mortal abatimiento que experimentó al leer el parte. Dos líneas tan sólo, y en ellas iba encerrada una horripilante tragedia para Juanita.

«En el furioso combate de ayer, el heroico regimiento de caballería, número 50, que llevó el mayor peso de la ruda pelea, evitó un serio desastre a nuestras tropas. Entre los muertos se cuenta al héroe ya popular, teniente Vermain. Entre los heridos hállase el coronel Martón que mandaba el regimiento.»

¡ Pobre Juanita ! Respetemos su dolor... Dejémosla llorar... llorar... ¡ que las lágrimas alivian la pena del corazón y, a veces, evitan la muerte !

¡ Qué había ocurrido ?

El teniente Luis Vermain llegaba al campamento, regresando de una descubierta. En una escaramuza con patrullas avanzadas había caído herido un oficial enemigo habiéndose apoderado nuestro héroe de los documentos que aquél llevaba. Al ver acercarse fuerzas enemigas más numerosas, el grupo de descubierta galopó hacia el campamento.

Lo primero que hizo el teniente Vermain al echar pie a tierra, fué leer los documentos del oficial enemigo herido.

Luis Vermain quedó atónito ante la gravedad de uno de los escritos. Era una orden del día, que iba a tener inmediato cumplimiento.

Se trataba de un asalto, en aquella misma hora y sector, preparado con la intervención de numerosas divisiones, entre las que se contaban las mejores tropas enemigas. En la orden se alentaba a las tropas dándoles seguridades de la victoria,



Luis Vermain quedó atónito ante la gravedad de uno de los escritos. (Pág. 46.)

que les permitiría, arrollando al enemigo, tomar la más importante población fortificada del frente. Que avanzasen sin miedo, pues la artillería iría barriando todas las posiciones defendidas.

Luis montó inmediatamente a caballo, partió a galope tendido, y en un momento se halló en presencia del jefe.

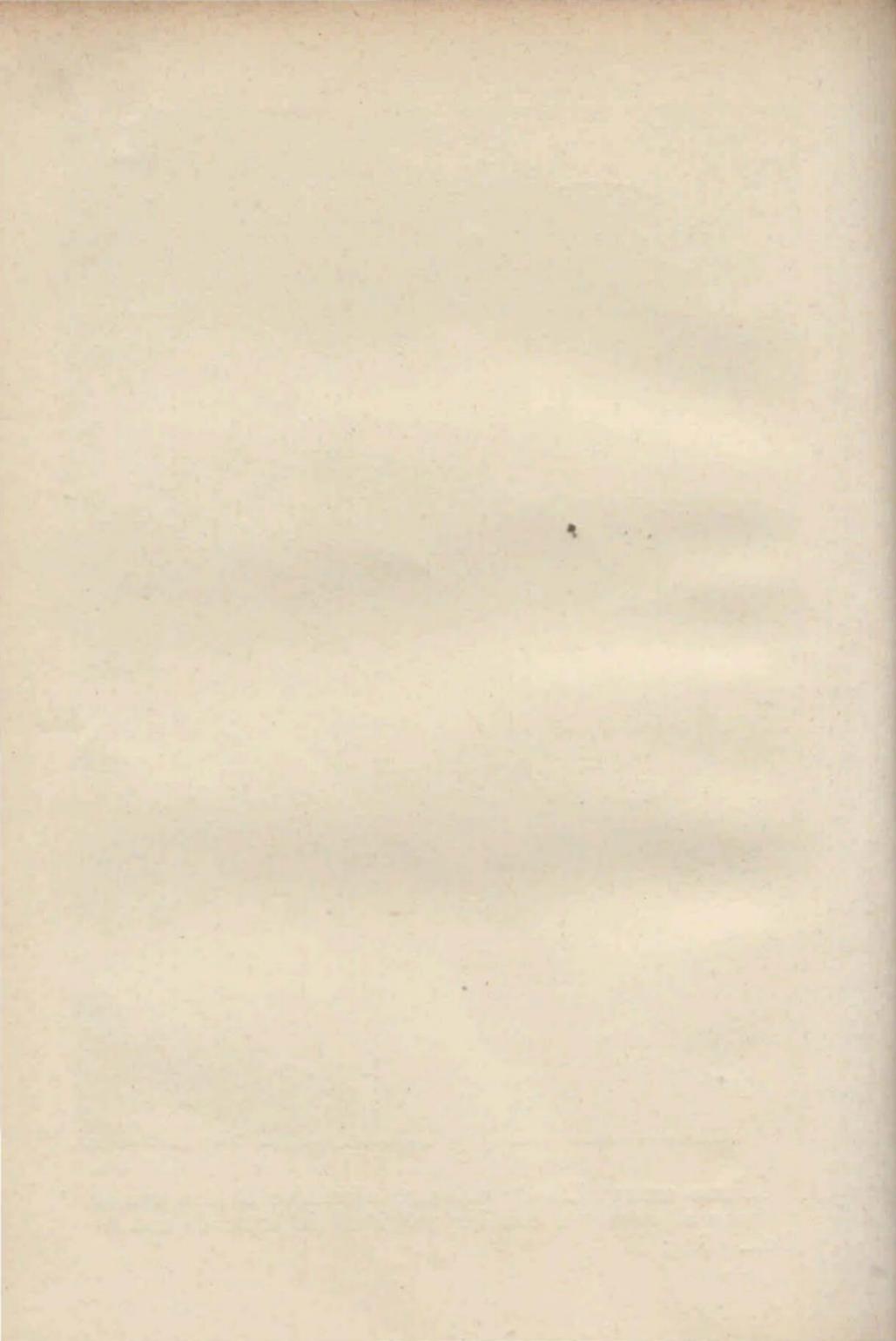
Funcionaron en seguida los teléfonos, y a los diez minutos todas las fuerzas estaban apercebidas para rechazar, contener o evitar el ataque de asalto. Ya que, de momento, era imposible la llegada de tropas de refuerzo, se organizó una rápida retirada hasta la segunda línea.

Cuando el diluvio de proyectiles de todos los calibres caía sobre la primera línea, ya sus defensores habían retrocedido lo suficiente para salvar hombres y material.

Explosiones tremendas de minas subterráneas semejaban volcanes que hacían volar hasta las nubes enormes pedruscos y troncos de árboles: todo lo que había constituido la defensa y el abrigo de los soldados de primera línea. Inmediatamente cayó sobre el extenso campo la gra-



... una escuadrilla de aviones, alrededor de los cuales veíanse al momento estallar multitud de botes de metralla... (Pág. 49.)



nizada de proyectiles que se hundían en el suelo produciendo hoyos profundos como simas. El humo de los incendios y el espeso polvo producido por miles de pequeñas y grandes erupciones, ocultaban, como con cerrada niebla, al ejército atacante.

Algunas baterías de grueso calibre y buen número de ligeras contestaban a tan horrendo fuego lanzando sobre el enemigo, con la rapidez posible, mortíferas bombas.

De cuando en cuando, por entre la recia nube salía, destacándose apenas en el fondo de ella, o rasgando su velo tupido, una escuadrilla de aviones, alrededor de los cuales veíanse al momento estallar multitud de botes de metralla que dejaban, flotantes, unos como velloncitos de blanco algodón, que al instante desaparecían como por encanto difumándose en el aire.

Una apretada línea de ametralladoras esperaba el ataque de la infantería.

La oportunidad de una rápida retirada proporcionó tiempo para organizar la defensiva a retaguardia de las posiciones

avanzadas y pedir con urgencia tropas de refuerzo.

Por otra parte, el enemigo debió quedar perplejo al no encontrar resistencia en el primer ataque. ¿Habían sucumbido los defensores de toda aquella red de trincheras? No, no; por allí no se encontraba víctima alguna. Hoyos profundos; la tierra removida, revuelta como por un arado gigantesco; trincheras y abrigos destrozados... pero nada más.

Algunos exploradores que llegaron galopando hasta dar vista a la línea de resistencia, no lograron volver a su campo. Preguntados los prisioneros acerca del verdadero número de divisiones atacantes, no despegaron sus labios más que para decir que preferían la muerte antes que traicionar a su patria, dando los informes que se les exigían.

Por fin llegó la hora más terrible: la del asalto. Renunciamos a describir tan bárbara escena. Nuestra pluma temblaría, a impulsos de emoción intensa, si lo intentáramos.

Únicamente diremos que si a todos fuera dado el presenciar una hccatombe gue-

rrera de tal magnitud, casi siempre tan dura para el vencedor como para el vencido, aunque dulcificada para aquél por la miel sabrosa de la victoria, el mundo en masa pediría la paz, esa paz del Evangelio que consiste en la confraternidad cristiana, en el amor al prójimo, en el respeto mutuo y en el perdón de las injurias. Y los hombres más cegados por el odio y la ira abrirían sus ojos y verían enfrente, no a fieras exterminables, sino a hombres como ellos mismos, hermanos suyos, que tienen nobilísimas misiones que cumplir en este mundo y un alma que salvar; hombres que, como ellos, han dejado, allá en la aldea o en la ciudad, unos padres, unas hermanas, una esposa y unos hijos que tiemblan, zozobrantés, temiendo que no volverán a abrazar otra vez a los queridos seres que pelean.

Tras dos horas de lucha cuerpo a cuerpo, la relativamente débil cortina de tropas fué cediendo hasta dejar abierto un portillo por donde empezó a pasar el turbión de soldados enemigos.

Entonces fué cuando entró en acción el 50 regimiento de caballería.

El coronel Martón estaba encargado de dar una carga, abrirse paso, costase lo que costase, por entre la avalancha o por sus costados, seguido de algunas secciones de ametralladoras a caballo. Desconcertaría al enemigo, en lo posible, por medio de un ataque desesperado, y así lograríase el objetivo de ganar un poco de tiempo, el necesario para la llegada de los refuerzos.

El coronel Martón, valiente y pundonoso, arengó a sus soldados, y cargó, al frente del regimiento, contra el enemigo. Fué el coronel una de las primeras víctimas.

Un sanitario echó pie a tierra y pudo poner a salvo, llevándole en brazos, al coronel herido.

El teniente Luis Vermain, que mandaba el primer escuadrón y vió caer al coronel, adelantóse con los suyos tan impetuosamente, que sembró el desorden en la línea más peligrosa de los asaltantes.

Con esto logró, no solamente que los camilleros pudiesen recoger y apartar los heridos, sino aminorar y retrasar los efectos de la brutal acometida enemiga.

El heroico teniente, cuando ya empeza-



Un sanitario echó pie a tierra y pudo poner a salvo, llevándole en brazos, al coronel herido. (Pág. 52.)

ba el contraataque de los suyos y muy pronto hubiera podido estar en medio de ellos, cayó del caballo, sin que los soldados de su regimiento, que aun luchaban desesperadamente, pudiesen, a pesar de todos sus esfuerzos, apoderarse de su ensangrentado cuerpo.

El enemigo, al retroceder a sus primitivas posiciones, se lo llevó.

¡ Qué importaba !

¡ La línea estaba nuevamente en su sitio, rígida, firme, inquebrantable ! ¡ El desastre quedaba evitado !

V

Juanita Martón, recostada en su diván, pálido el rostro, con sus ojos tristes, vidriados por las lágrimas, fijos, inmóviles mirando al cielo, sus brazos colgantes, caídos con pesadez de cuerpo inanimado, parecía una víctima más de la gran lucha.

A sus pies yacía, extendido sobre la alfombra, el periódico de la mañana con el lacónico parte oficial impreso con letras de mayor tamaño y más visibles, por sus

gruesos trazos de intensa negrura, que las que completaban la restante lectura de la primera plana.

El laconismo con sus efectos de saeta penetrante; la negrura, como reflejo del color del luto y de la pena...

Para millares de millares de lectores, aquellas mismas palabras estaban impresas con tinta de oro y enmarcadas con los colores del emblema nacional. Ellas cantaban breve pero grandilocuente e inspiradísimo himno a los héroes de la patria.

Para unos pocos, como Juanita, a través de la inmensidad del dolor producido por la primera impresión, el color de oro y la grandilocuencia del himno quedaban momentáneamente ocultos y como substituídos por el denso velo de una noche sin luna y sin estrellas, y por las sentimentales, lacrimosas y escalofriantes notas de un canto funerario.

Momentáneamente sólo, porque el patriotismo descorría pronto el velo, debilitaba, apagaba los fúnebres sonidos del *Dies iræ*, y aparecía la gloriosa estatua de la patria triunfante, en torno de la cual bullía el pueblo ebrio de entusiasmo, en-

tonando, con voz enérgica y vibrante, hasta enronquecer, el confortador y alegre ¡*Resurrexit!*

En esa estatua están fundidos todos los corazones, lo mismo de los soldados que pelean, que de las madres, de las esposas y de las hijas que sufren.

Porque el patriotismo está en el frente y en la ciudad o en la aldea; en la trinchera y en la casa. Allí donde hay espíritu de sacrificio hay patriotismo

El obrero que en el taller o en el campo pasa las horas dedicado a procurar satisfacer las necesidades de los que luchan; la obrera que prepara los uniformes y la ropa interior para los soldados, y hasta desempeña, para que la vida nacional no se paralice, los cargos que éstos dejaron vacantes; la madre, la esposa, la hija, sufriendo con paciencia la soledad en que viven sumidas y hasta bendiciendo al Señor por haberles dado un hijo, un esposo o un padre útiles para servir a su país; y todos: ancianos, jóvenes y niños, elevando fervorosas preces a Dios para que salve a la nación, sufren, padecen, se sacrifican por la patria.

Juanita Martón, tras algunos momentos dedicados a llorar vivamente su desgracia, reaccionó y, sin dejar de sentir desgarrada su alma por el dolor, levantóse serena, dirigióse al jardín con paso firme, eligió las flores más frescas, más hermosas, formó dos ramilletes y, entrando en el despacho, besó efusivamente el retrato de su padre y colocó ante él uno de los ramos.

Como no tenía Juanita retrato alguno de Luis, tomó una carta de éste, la última, y la posó suavemente sobre las frescas rosas del otro ramo.

¡Oh! También él la había obsequiado con un monumental ramillete el día de la primera guardia...

¡Los ramilletes! Poéticos incensarios formados por las manos primorosas y encendidos por el amor o por el cariño de la mujer, y en los que el Criador puso los ricos, los deliciosos y finísimos aromas del obsequio piadoso a los Santos, del recuerdo y gratitud a los vivos, y de la tierna y suplicante oración por los difuntos...

Al día siguiente recibió Juanita noticias de su papá. El coronel estaba herido,

pero no de muerte, ni aun de gravedad. Tenía que permanecer en el hospital durante algún tiempo, no mucho, porque la curación dependía de una absoluta quietud. Más que la herida, dolíale el no poder seguir luchando en compañía de sus bravos. Otras cosas apenaban al coronel. La muerte de su hermano Edmond, comandante de infantería, y la del teniente Vermain. El primero reposaba en el cementerio de X. El segundo... ¡quién sabe dónde!

El coronel terminaba su carta, dictada por él, pero escrita por un enfermero, con palabras de consuelo para su hija, mandándole un paternal abrazo precursor de otro real y verdadero que muy pronto pensaba darle.

Juanita lloró a su querido tío Edmond, a quien no había visto desde mucho tiempo atrás. El buen señor, viudo y sin hijos, profesaba especial cariño a su sobrina y la obsequiaba con largueza frecuentemente, sobre todo en el día en que Juanita celebraba su fiesta onomástica. Además la había declarado heredera de todos sus bienes. Juanita vistióse de luto por la muer-

te de su tío, y dedicó oraciones y sufragios por su alma. En cuanto acabase la guerra, iría al cementerio de X., donde estaba sepultado, y mandaría colocar sobre su tumba una lápida con patriótica inscripción y una gran corona de flores.

En cuanto al desgraciado teniente Luis Vermain... ¡qué pena! ¡Pobre Luis! Si ella pudiese, con el tiempo, averiguar...

Pero... ¡quién sabe! ¡Y si no había muerto? ¡Y si estaba herido solamente? Luis era un héroe; un héroe de aquellos que ella había visto tantas veces con la imaginación. Esos héroes, según las leyendas, caían heridos, pero no morían. La coraza de sus valientes antepasados o el escudo de sus armas invencibles, o el arco guerrero y las saetas forjadas por divinidades mitológicas, eran la salvaguardia de sus personas. Y si alguna vez morían, sus cenizas tornaban a reanimarse... Tal vez Luis estuviese peregrinando por extrañas tierras, oculto bajo el aspecto de la vulgaridad, hasta que llegase el día en que la oportunidad le brindara la repetición de nuevas heroicas hazañas.

Y tanto se habituó Juanita a esta idea,

que casi llegó al convencimiento de que Luis Vermain vivía...

Un mes después la joven recibió carta de su padre. Estaba ya en el período de franca convalecencia. Pasados ocho días iría a abrazar a su hija. Los médicos le ordenaban un régimen familiar, y al cuidado de su propia familia.

Inmensa fué la alegría que experimentó Juanita al leer la carta de su padre.

Ocho días arreglando la casa, a pesar de que la tenía siempre limpia y ordenada; ocho días haciendo preparativos para que su padre encontrase cuanto pudiera apetecer...

¡Cuán cierto era que Dios no carga sobre las almas mayor pesadumbre de la que pueden soportar! Y, luego; luego premia con recompensas abundantes los sacrificios hechos...

Juanita abrazaría a su padre, le cuidaría como debe hacerlo una hija, le mimaría, le obsequiaría hasta hacerle olvidar sus sufrimientos...

Y cuando estuviese completamente fuerte y sano, oiría de sus labios épicas hazañas.

Su padre, modestísimo hasta en el seno de la familia, no contaría nada propio... pero ella adivinaría la magnitud de su heroísmo.

De quien daría preciosos detalles sería de Luis Vermain. ¡ Oh ! ¡ Qué entusiasmo al oírlos !

¡ Tan segura como estaba de que los héroes como él no mueren !

La llegada del coronel Martón lleno de vida y alegría, no sólo el corazón de su hija, sino el de la vieja criada, y hasta la misma casa tanto tiempo sombreada por la nube de tristeza que dejó en ella la ausencia del ser querido.

Estas ausencias hacen el vacío de la alegría, vacío que se apresuran a llenar las aficciones pesadas y opresoras. Pero la vuelta del ser amado produce una reacción de fuerza expansiva tal que la atmósfera de la casa familiar queda instantáneamente purificada, ligera, diáfana, y es habitáculo donde se respira la satisfacción y la felicidad.

No hemos de describir la tiernísima escena desarrollada entre padre e hija a la llegada de aquél, ni la interminable serie

de visitas y felicitaciones que recibió el coronel Martón.

A los pocos días éste pudo hacer ya la vida tal y como convenía a un herido convaleciente. Algunos ratos distraía-se contando a Juanita interesantes episodios de la guerra.

Conocedor del intenso y puro cariño que su hija sintió por el teniente Vermain, y de las esperanzas que alimentaba acerca de la supervivencia de éste, procuró no matar tan consoladoras ilusiones. Y hasta se vió obligado, tras ruegos insistentes de Juanita, a escribir al Estado Mayor, suplicando ordenase una detenida indagación de la verdadera suerte del héroe.

Juanita confiaba. La confianza dábale alientos extraordinarios. Y como hay estados de ánimos que se comunican, el padre llegó también a confiar y a ver cercana la completa dicha de su hija.

Un día recibió el coronel un pliego oficial procedente del Estado Mayor. En él le daban cuenta del resultado de las gestiones. Este no podía ser más desconsolador.

Ni en los hospitales enemigos, ni en sus campos de concentración de prisioneros, hallábase el teniente Vermain. Por lo que deducían que su muerte era, desgraciadamente, cierta.

Cuando desaparece el sonrosado rayo de esperanza, asoma el espantoso espectro del desengaño.

Juanita lloró, abrazada a su padre, la muerte de Luis Vermain.

El coronel, tan atribulado como su hija, apenas acertaba a pronunciar unas palabras que la consolasen.

Juanita tuvo también un recuerdo para la madre de su leal e incomparable amigo. ¡Pobre madre! ¡Quizás no pudiese sobrevivir a pena tan tremenda!

Desde aquel día, siempre hubo en el gabinete de Juanita un ramo de flores hermosas y frescas, que envolvían con su delicado aroma una carta cuidadosamente plegada : la última carta del héroe.

VI

¡ La paz ! ¡ La paz !

Los vendedores de periódicos recorrían velozmente las calles y voceaban sin cesar hasta quedar afónicos anunciando la buena nueva. En un instante desaparecían los abultados paquetes que sacaban de la imprenta.

¡ La paz ! Esta bendita palabra llenaba casi toda la primera plana de los diarios matutinos.

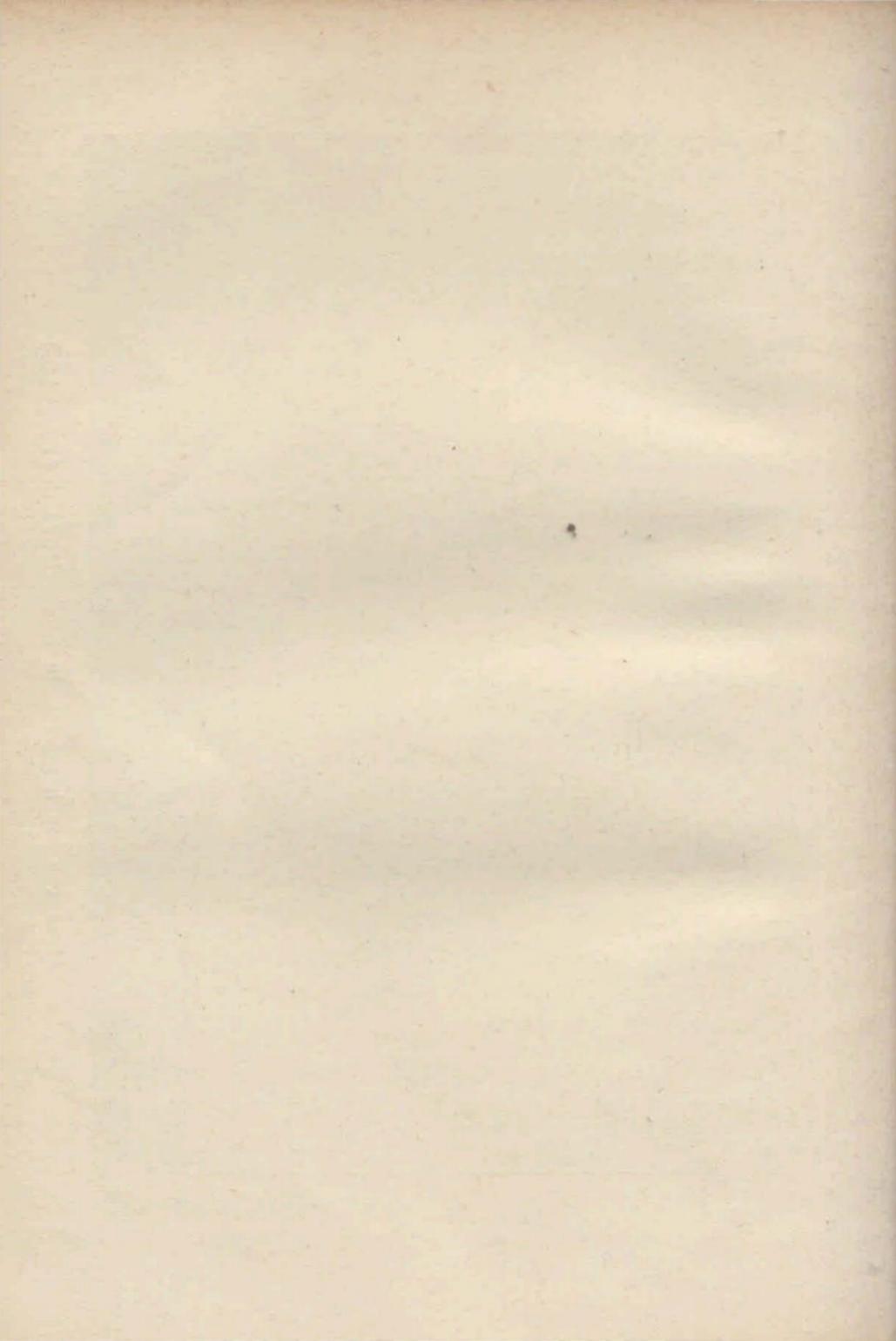
La magnitud y el carácter de letra responde, ordinariamente, a la importancia de la noticia que se da al público. Esta importancia está medida por la del hecho en sí, su trascendencia, y la oportunidad en darlo a conocer.

Algunas veces, las grandes titulares sirven únicamente de cebo. No faltan empresas desaprensivas que, yendo al negocio por cualquier camino, publican noticias,



AMOR.—5

Otra vez los brazos a la agricultura... (Pág. 65.)



informaciones emocionantes de sucesos imaginarios, para explotar la habitual buena fe, rayana en candidez, de los que compran el periódico.

¿ Se trataba ahora de una falsa nueva ?

No ; no podía ser. Hubiera sido una burla demasiado cruel. No podía haber periodista que se atreviese a realizar tamaño desafuero.

La veracidad de la noticia estaba comprobada. En los grandes cartelones pegados a las paredes de los edificios, y expuestos en los escaparates de los comercios, estaba reproducido el parte oficial.

«Ha empezado armisticio preliminar concertación paz.»

¡ La paz ! ¡ Bendita sea !

Ella significa el ansiado término de la feroz matanza, la vuelta de los soldados, el empleo de todas las energías nacionales en la restauración de la patria. Otra vez los brazos a la agricultura, y el talento al progreso de las ciencias, de las artes, del comercio y de la industria.

¡La paz! La paz en los hogares, en los pueblos, en las almas...

Poco a poco las noticias fueron más concretas, más detalladas.

Las condiciones para el restablecimiento de una paz duradera, eran discutidas con detenimiento, y aprobadas.

¡Y la paz fué hecha!

Primeramente se concertó el canje de prisioneros.

Juanita Martón, que mandaba comprar todos los periódicos de la mañana y de la noche publicados en la ciudad, leía atenta y detenidamente las interminables listas de prisioneros canjeados.

Abstraída en la lectura de nombres casi siempre desconocidos para ella, pasaba horas y más horas. Oculto tras cada nombre, veía un mundo de sufrimientos y penalidades ofrendados en aras de la patria.

Una mañana, después de substituir el ramo de flores aun bastantes frescas por otro de recién abiertas y cogidas, Juanita tomó un periódico matutino y se puso a leer como de costumbre.

Al cabo de un minuto, Juanita dió un



Juanita lloró, abrazada a su padre, la muerte de Luis Vermain. (Pág. 63.)

fuerte grito que oyeron, asustándose, el coronel y la anciana doméstica.

Juanita acercábase el periódico a la vista como lo hacen los miopes en alto grado, y miraba y remiraba la lista de nombres. Con inquieta precipitación limpiaba sus ojos empañados por las lágrimas.

¿Había leído bien? ¿Era un nombre realmente impreso en el periódico, o tan sólo una proyección del que tenía grabado en su pecho?

¡Luis Vermain! Sí, sí; bien claro estaba; no había duda. El teniente Luis Vermain, del 50 regimiento de caballería.

No era ilusión de Juanita, no; su padre leía también el mismo nombre y, al leerlo, lloraba, lloraba de gozo lo mismo que su hija.

Y Luis llegaba pronto... pronto... Se incorporaría a su regimiento... y entraría con él en la ciudad.

Y ella le vería, le vería otra vez... como al héroe cuyas cenizas se han reanimado.

Indudablemente sabría ya la madre de Luis, por los periódicos, la vuelta del hijo que creía muerto, perdido para siempre. Pero Juanita iba a telegrafiar a la distin-

guida dama para invitarle a que cuando viniese a esperar a Luis se hospedase en su casa. Podía tenerla, sin cumplimientos, como propia...

Y formando planes y programas de agasajos para la madre y el hijo, pasó Juanita los pocos días que mediaron entre el en que leyó el nombre de Luis en la lista de prisioneros, y la llegada del regimiento.

El coronel Martón, completamente curado y suficientemente vigoroso para montar a caballo, salió a la estación para ponerse al frente del heroico 50 de caballería. El habíalo conducido a la victoria; justo era que entrase con él triunfante.

La señora Vermain y Juanita acudieron muy temprano a los andenes con la natural impaciencia del que espera la llegada de un hijo o un hermano al que lloró por muerto.

En las calles, en los alrededores de la estación especialmente, había movimiento inusitado. Los balcones de todos los edificios lucían valiosas colgaduras. La población y sus moradores estaban engalanados como en las fiestas más solemnes.

Cuando el tren entró en agujas, las bandas y músicas entonaron el himno nacional. El volteo alegre de las campanas y los clamorosos e incesantes vivas de la muchedumbre inundaron de vibraciones patrióticas el espacio. Fueron aquellos unos instantes de imponente, de sublime, de insuperable grandeza.

Durante aquella expansión mágica y atronadora del entusiasmo, en los andenes se simultaneaban y sucedían escenas ternísimas : o de inefable alegría, o de indecible dolor. La madre que abraza fuertemente a su hijo y le baña con lágrimas el rostro ; la que se desoja mirando a los soldados que desfilan hacia la salida, pretendiendo ver al hijo de sus entrañas, y, desesperanzada, se acurruca en el hueco de una puerta para esconder allí y llorar su desventura. Porque ¡ ay ! pasan los últimos... ¡ y no ha visto al hijo !

Entre las escenas donde el gozo se manifestó hasta el desbordamiento, se contaba la desarrollada entre Luis Vermain, su anciana madre y Juanita Martón.

Es imposible recordarla sin que las lágrimas asomen a los ojos.

Fué breve, aunque los actores se hubieran eternizado en ella; porque en cuanto los circunstantes se dieron cuenta de que aquel joven teniente de pálido rostro, dulce mirada y expresión ingenua de sencillez y modestia, era el héroe, ya popular, Luis Vermain, la escena quedó forzosamente interrumpida por las aclamaciones de la multitud.

Y durante el trayecto desde la estación al cuartel, al paso del regimiento sonaban ininterrumpidos vítores, y desde balcones y ventanas llovían flores sobre los soldados. Y a los vivas a la patria, al ejército y al 50 de caballería, iba unido el ¡viva el héroe Vermain! Y al pasar Luis, la lluvia de ramos y flores se convertía en un verdadero diluvio.

Los lectores pueden suponer todo lo demás que ordinariamente pudiera acontecer en ocasiones como aquélla. Concretándonos a los personajes de esta novelita, diremos que Luis Vermain explicó a su madre, al coronel Martón y a Juanita la causa de que le tuviesen por muerto.

Su herida fué tan grave, que, en realidad, vivía de milagro. La fiebre, alta y

persistente, mantúvole durante dos meses alejado de cuanto le rodeaba, insensible aun a su misma dolencia. Y como le habían practicado la primera cura en galerías subterráneas, y para ello hubieron de despojarle de su uniforme que ya no ha vuelto a ver, y, además, no guardaba documento alguno de identificación, nadie supo quién era.

Fué tenido por suboficial, y él tuvo buen cuidado de conservar el incógnito hasta última hora, pues en las conversaciones oídas a sus enemigos vió un odio tan furioso hacia el teniente Vermain, que tenía pleno convencimiento de que le harían desaparecer si declaraba su nombre. De tal modo habían llegado hasta el enemigo sus proezas.

Apenas se vió curado, una noche pretendió evadirse, pero no logró conseguirlo; y, por este intento, fué internado y encerrado en una fortaleza, en celda aparte, completamente aislado como un gran criminal.

En ese encierro había pasado todo el tiempo, sin poder comunicarse con nadie,

ni de palabra ni por escrito, hasta que le trasladaron a su país. Esto fué todo.

—Olvidemos los pasados padecimientos—decía Luis, al ver que, mientras contaba algún episodio en que había intervenido, su madre y Juanita se ponían demasiado tristes—. Hablemos de cosas alegres...

Y llevaban la conversación por otros derroteros... que, por fin, condujeron a los dos jóvenes al término deseado.

Porque a los tres meses de hecha la paz, el sacerdote del Señor unía en santo matrimonio a Luis Vermain y a Juanita Martón.

Fué una unión bendecida por Dios y por los padres de los contrayentes, y alabada por todo el pueblo que se unió, en tan fausto acontecimiento, a la alegría de los novios y de sus familias, obsequiando a aquéllos con valiosos regalos y a todos con festejos populares.

Juanita anhelaba visitar los lugares en que se habían desarrollado las terribles escenas de la sangrienta guerra. Y Luis, que esperaba conocer el deseo más insignificante de su esposa para satisfacerlo, pi-

dió permiso a sus jefes con el fin de realizar el viaje.

Visitaron las ciudades y pueblos próximos al frente, siendo uno de los primeros, X. cuyo cementerio guardaba las cenizas del tío de Juanita, el comandante de infantería. La joven cumplió su promesa de dedicar a su difunto pariente una lápida con patriótica inscripción.

Hacían excursiones en automóvil y a caballo a los sitios más nombrados durante la tremenda lucha.

Descansaban y aun pernoctaban en las quintas, en las casas de campo que los horribos bombardeos habían dejado en pie.

A veces, desde una ventana de alguna de estas quintas, Juanita contemplaba el extenso campo sembrado de hoyos y surcado de rajaduras, comparado con el cual, el pequeño y pobre huerto de la quinta parecía el paraíso.

Y con la vista fija en la desolada llanura, por su imaginación iban pasando escenas leídas en los periódicos u oídas de labios de Luis, renovando en su alma sentimientos de admiración profunda a los



... desde una ventana de alguna de estas quintas, Juanita contemplaba el extenso campo... (Pág. 74.)

héroes, enardeciendo más y más el fuego del amor que ardía en su pecho : amor al esposo... amor y veneración al héroe...

Hasta que Luis, que respetaba estos silencios tan elocuentes de Juanita, tomaba a ésta del brazo, interrumpía sus meditaciones y la conducía a la ciudad.

Y hoy es difícil encontrar pareja más feliz que la que forman el comandante Luis Vermain y su idolatrada esposa Juanita Martón.

¿Comandante? Sí; comandante. Porque la patria es agradecida y recompensa a los que dan su sangre por ella, y pone sobre sus frentes coronas inmarcesibles de gloria, nimbos de heroísmo...

FIN



Biblioteca Selecta

VOLUMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen. (1.º)
11. Cuentos de Andersen. (2.º)
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinson.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales.
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales.
21. La pícaro vanidad.
22. Un charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Ángel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «Cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloque.
39. Una ciudad flotante. (1.ª)
40. Una ciudad flotante. (2.ª)
41. Miguel Strogoff. (1.ª p.)
42. Miguel Strogoff. (2.ª p.)
43. Las Indias negras. (1.ª p.)
44. Las Indias negras. (2.ª p.)
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La Paloma.—El Canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolín.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El Condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac (1.º)
58. Id. id. (2.º)
59. El maestro Zacarías.
60. Martín Paz.
61. Cinco semanas en globo.
62. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 1.º)
63. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 2.º)
64. Los Quinientos millones de la Begún.
65. De la tierra a la luna.
66. Alrededor de la luna.
67. El «Chancellor».
68. Las tribulaciones de un chino en China.
69. Una internada entre los hielos.
70. Veinte mil leguas de viaje submarino.